

de Argensola, no habiendo podido precisar su aportación por hallarse los inquilinos ausentes de Madrid.
Con su medida preventiva han sido defraudados los porteros de dicha casa.

—Paseando por la Castellana tuvo la desgracia de caer anoche Rosendo Fernández, que se fracturó la pierna derecha.

En la casa de socorro del distrito de Buenavista se le hizo la primera cura.

—En una bordilla de la casa núm. 9, en la calle del Espejo, se produjo anoche un ligero incendio, que fue extinguido a los pocos momentos.

—Al salir de la estación del Norte el correo de Galicia, pretendió arrojarse a la vía un sujeto de 31 años, llamado Nicandro Magro, empleado.

Algunas personas pudieron evitar que este consiguiera su intento, y conducido a la casa de socorro del distrito, los médicos de guardia manifestaron que el Nicandro presentaba visibles muestras de padecer ataques de enajenación mental.

—Por si el uno había de ceder la derecha al otro promovieron anoche seria cuestión dos individuos que se encontraron en la calle de Churrúa.

Como las razones no bastaron vinieron a las manos, recibiendo uno de los combatientes llamado Manuel Arango, una herida grave en la frente y en la cara dos contusiones de pronóstico reservado, que le fueron curadas en la casa de socorro del distrito.

El agresor, a quien no conoce el agredido, se dio a la fuga.

DE PROVINCIAS HA RECIBIDO LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA LOS SIGUIENTES TELEGRAMAS:
Zamora, 18 (7°30 t.).
En la dehesa del marqués de Casa-Irujo, situada en el término de Perezuela, se declaró anteayer un incendio casual que destruyó los pastos y algún arbolado en una extensión de 300 fanegas.
No hubo desgracias personales. —El corresponsal.

Barcelona, 18.
Continúa la huelga de Can Gana en San Andrés.
A pesar de las gestiones hechas, no se ha conseguido tampoco llegar a un arreglo y normalizar los trabajos en las fábricas del Alto Llobregat. —Escas.

A LAS CUATRO DE LA TARDE

Por el ministerio de Gracia y Justicia se ha expedido con fecha de ayer una real orden dictando reglas generales para las defensas contra la epidemia colérica de los establecimientos penitenciarios como todo aquello que se relaciona con las circunstancias sanitarias merece especial interés, creemos oportuno reproducir aquí importante documento. Dice así:
«La estadística de la epidemia colérica de 1883 vino a demostrar (salvo dos únicas excepciones, la Casa galera de Alcalá de Henares y el presidio de Cartagena), que no es en los establecimientos penales donde desarrolla su mayor fuerza expansiva; pero ni este dato poco concluyente y sin valor definitivo, ni siquiera la confianza fundada en más sólidas presunciones de indemnidad, excusaría la falta de atención a las medidas higiénicas que deben adoptarse con esmero y principalmente en cárceles y presidios que, por sus condiciones de aglomeración, están considerados como establecimientos insalubres.
Precisa, por el contrario, que cuantas autoridades tengan intervención en las prisiones se consideren obligadas a cumplir con más esmero que nunca las prevenciones sanitarias que las circunstancias aconsejan, viviendo advertidas del peligro, aunque le supongan muy remoto, dispuestas a adoptar racionales precauciones y a combatir los progresos del mal si desgraciadamente llegara la ocasión.»

No es necesario trazar ningún plan de defensa después de publicadas en real orden de 12 del corriente las disposiciones que, de acuerdo con lo informado por el real Consejo de Sanidad, deberán adoptarse para evitar la propagación y desarrollo de la actual epidemia colérica. Esas disposiciones, en cuanto se refieren al servicio de inspección médica y a los de desinfección y saneamiento han de ser escrupulosamente cumplidas en las cárceles y establecimientos penales, con tanto más esmero cuanto que a la eficacia de medios semejantes se atribuye que la epidemia no haya llegado a extenderse por la fuerza invasora de otras épocas, afirmando que no podrá atender debidamente a las diversas obligaciones de custodia, vigilancia y servicios administrativos. Para el sanitario debe tenerse en cuenta que los médicos de cárceles y los forenses constituyen el cuerpo de auxiliares de la administración de justicia y la penitenciaría con obligación de sustituirse y ayudarse mutuamente.

1.ª Declarada la epidemia en una cárcel o establecimiento penal, el presidente de la junta local de prisiones, o el juez de instrucción y el director del establecimiento, darán parte diario a la dirección general de Establecimientos penales, en que se especifique el número de invadidos, fallecidos y curados. La dirección general, además de esta estadística, llevará el pormenor de las localidades epidemiadas para regular el servicio de conducciones de presos y penados.

2.ª Los presos y penados conducidos por etapas, en expedición celular ó en tren ordinario, se hallarán sujetos a cuanto dispone el servicio de inspección médica, sin que por esto se consideren suspenidas ni atenuadas las obligaciones de custodia y vigilancia que rigen en este caso como en cualquier otro.

3.ª Para que las anteriores disposiciones tengan debido cumplimiento, las autoridades judiciales y gubernativas harán presente a los diversos funcionarios que el ministerio de Gracia y Justicia a quien se distingue en el cumplimiento de su deber como a aplicar severamente la penalidad en que pudieran incurrir por desatención a las prevenciones sanitarias.»

En el momento en que una localidad donde radique la cárcel ó establecimiento penal se halle en peligro de ser invadida, se adoptarán incontinenti los procedimientos de desinfección de retretes, urinarios y alcantarillas que se determinan en la disposición 4.ª referente a los servicios de desinfección y saneamiento en las poblaciones de la real orden dictada por el ministerio de la Gobernación en 12 del mes actual.

Si el cólera se presentara en la localidad se cumplirá con todo esmero lo ordenado en la disposición 6.ª con relación a géneros y mercancías contumaces y hortalizas, legumbres y frutas.
Esta disposición se aplicará de igual modo a toda procedencia de lugar invadido.
Si el cólera se presentase en el establecimiento, se seguirán con todo esmero las prácticas recomendadas en las demás disposiciones en cuanto concierne a desinfección y saneamiento de ropas ó efectos contumaces, deyecciones, locales y personal que asista a los enfermos.

2.ª Si en el establecimiento no hubiere enfermería (como sucede en más de 338 cárceles) y no pudiera habilitarse dentro del mismo por falta de local ó otro inconveniente justificado, el presidente de la junta local de prisiones ó, donde no la hubiere, el juez de instrucción, de acuerdo con las autoridades locales, adoptará las precauciones necesarias para que los presos atacados ingresen en el hospital de coléricos ó lugar que al efecto se designe previas las oportunas disposiciones para habilitar las necesarias salas de presos. Las traslaciones de enfermos deberán verificarse con sujeción a lo que determina

la disposición 4.ª del servicio de inspección médica.

Si en el establecimiento no hubiera facilidades para desinfectar las ropas ó efectos contumaces, se remitirán con las debidas precauciones a la dependencia destinada a este fin.

3.ª Los Ayuntamientos, en cuanto concierne a las cárceles de partido, y las Diputaciones provinciales, en cuanto a las correccionales, vienen obligados no solamente a facilitar todo lo preciso para la desinfección y saneamiento, sino también deben atender a que exista personal dispuesto para sustituir al que se inutilice, ó más bien para auxiliar al escaso personal de cárceles que, en circunstancias críticas, no podrá atender debidamente a las diversas obligaciones de custodia, vigilancia y servicios administrativos. Para el sanitario debe tenerse en cuenta que los médicos de cárceles y los forenses constituyen el cuerpo de auxiliares de la administración de justicia y la penitenciaría con obligación de sustituirse y ayudarse mutuamente.

4.ª Declarada la epidemia en una cárcel o establecimiento penal, el presidente de la junta local de prisiones, o el juez de instrucción y el director del establecimiento, darán parte diario a la dirección general de Establecimientos penales, en que se especifique el número de invadidos, fallecidos y curados. La dirección general, además de esta estadística, llevará el pormenor de las localidades epidemiadas para regular el servicio de conducciones de presos y penados.

5.ª Los presos y penados conducidos por etapas, en expedición celular ó en tren ordinario, se hallarán sujetos a cuanto dispone el servicio de inspección médica, sin que por esto se consideren suspenidas ni atenuadas las obligaciones de custodia y vigilancia que rigen en este caso como en cualquier otro.

6.ª Para que las anteriores disposiciones tengan debido cumplimiento, las autoridades judiciales y gubernativas harán presente a los diversos funcionarios que el ministerio de Gracia y Justicia a quien se distingue en el cumplimiento de su deber como a aplicar severamente la penalidad en que pudieran incurrir por desatención a las prevenciones sanitarias.»

Esta mañana ha llegado a Madrid el espada Espartaco y esta noche sale para Antequera, donde torea los días 21, 23 y 25.

El sábado pasaba por una calle céntrica de Málaga un caballero joven con su esposa, y dos jovencitos que estaban parados en aquel sitio se permitieron algunas alusiones inconvenientes y harto indiscretas.

Uno de ellos mirando con grande desdoro a la señora empezó a cantar en esta forma:
Para mí, para mí,
para mí será.

Indignado el caballero dejó un momento a su esposa, a distancia de cuatro ó seis metros, y arrojándose de improvviso sobre el que cantaba, le dio varias bofetadas, al par que le decía con el mismo sonsonete:
Para tí, para tí,
para tí será.

Con este motivo se promovió un ligero alboroto.

Existe en Madrid un sujeto a quien llaman el *Platero* y que no anda muy bien de juicio.

A este tal le ha dado ahora por gritar «*Viva Africa!*» y suele recorrer por las noches las calles, acompañado de dos tangerinos que piden limosna en la vía pública.
Anoche haciales detener a la puerta de

los cafés que encontraban al paso, y quitándose el sombrero gritaba: «on toda sus fuerzas: «*Viva Africa!*» «*Vivan los africanos!*»
Ninguno de policía se metió con el pobre maniaco.

En Gijón fué preso anteayer tarde el director de la sucursal del Banco de España, sin que se sepa por qué causa.

Con fecha de ayer se ha recibido en el ministerio de Marina un despacho del capitán general de Filipinas, en el que se participa que los buques *Ulta* y *Velasco*, con tropas a bordo, han salido para Ponapé.

Hoy saldrán de Madrid por la vía de la Corona los correos para Cuba y Puerto Rico, y pasado lo hará el de Filipinas por la compañía Trasatlántica.

El visir de Muley Hassan Sidí Alef-ú-Mohamed El Gharmit, con quien el ministro de España Sr. Figuera ha conferenciado en Rabat sobre las reclamaciones de España, es el primer ministro del sultán y una personalidad muy célebre en el imperio.

Procede de una antigua familia granadina, de aquellas que lucharon con los soldados de los Reyes Católicos bajo las banderas de Boabdil. Conserva en toda su pureza el tipo varonil e inteligente de aquellos moros legendarios de los romances del arcipreste de Hita; con todo tiene el rostro severo, la mirada tranquila, el porte reposado y el aire indiferente.

Al lado de los rasgos característicos de una virilidad moral que suava a las razas europeas, también se describen en él las huellas que imprimen los vicios de la suya. Afecta El Gharmit una constante afabilidad y muestra buen deseo de hacer agradable su trato. En la negociación de los asuntos políticos, sin embargo, descubre demasiado la vena de la sagacidad en que tan maestros son los mismos moros de Marruecos que los turcos de Stambul.

Su edad fluctúa entre los cincuenta y cincuenta y cinco años, y aunque de pequeña estatura, no carece de cierta distinción, cuidándose con esmero; emplea como único perfume el agua de azahar, de la que usa con prodigalidad.

Sus ojos, pequeños y vivos, tienen una mirada rápida y penetrante, barba gris y poblada, boca grande, de labios delgados, que indican astucia y que se fruncen a veces rápidamente indicando sagacidad; limpio ropaje y tez blanca complementan el conjunto físico de este personaje, a quien sólo la ignorancia de los marroquíes ha revestido de una falsa aureola, pues sin ser un tipo vulgar, dista mucho de ser un ingenio notable y un talento superior.

Su ilustración está limitada al conocimiento del idioma árabe y de su clásica literatura. Es aficionado a beber, pero no como la generalidad del pueblo árabe, pues se muestra partidario de los mejores vinos, entre los que prefiere el champagne y la manzanilla.
Goza el Gharmit de la absoluta confianza de su soberano, y por sus méritos literarios llegó al puesto que ocupa.

Distrae a Muley Hassan con los cuentos de cuanto ocurre en su imperio, pues es muy ladino para averiguarlo y saberlo todo, y en sus ratos de ocio se entretiene en hacer versos.

En la última decena de este mes verá la luz pública en Barcelona, un nuevo periódico titulado *La Libertad*, órgano del partido fusionista de la capital del Principado.

Al cura párroco de Alingos (Orense) le enviaron hace pocos días un anónimo amenazándole con la muerte si no entregaba en el acto 50 pesetas.

Enterada del hecho la guardia civil, después de activas averiguaciones, consiguió detener al portador de la carta, el cual parece obraba de acuerdo con un preso de la cárcel de Orense, procesado como uno de los presuntos autores de un robo de que fué víctima el mismo párroco.

De El País:
«AYER recibimos el siguiente telegrama de nuestro corresponsal:
«Paris, 18 (10'40 m.).
Director de El País.
El *interview* publicado por *Le Matin* contiene omisiones importantes, lo cual hace que no refleje el pensamiento de nuestro jefe con toda fidelidad y en toda su extensión.
Le Matin ha suprimido las afirmaciones del Sr. Ruiz Zorrilla sobre su actitud revolucionaria, hoy más firme que nunca sobre la coalición con el partido federal orgánico y acerca de la actitud del señor Salmerón.—P.»

El ilustre violinista Sarasate saldrá de San Sebastian para Inglaterra a fines del corriente mes, por estar contratado para una excursión artística por las principales ciudades del Reino Unido durante el próximo octubre y parte de noviembre.

Segun telegrafían de Cádiz, la penencia de la comisión técnica para informar acerca de las pruebas del submarino tiene terminado su trabajo.

Han llegado al balneario de Caldeas de Tuya el conde de la Torre del Fresno, la marquesa de Alagra de Grés y el conde de Gondomar.

Segun partes recibidos de las capitales hasta las once de la noche de ayer, ha llovido en Oviedo y Pontevedra.

Faltan datos de Almería, Barcelona, Bilbao, Gerona, Tarragona Tenerife y Vitoria.

La temperatura máxima a las nueve de la mañana fué de 29 grados en Palma; la mínima de 10 (7) en Valladolid.

Habiéndose suscitado dudas acerca de la interpretación que debe darse a ciertas prescripciones (especialmente a las reglas 3.ª y 6.ª) de la real orden de 1.º de febrero de 1887, relativas a las contrataciones de transportes que las compañías de ferrocarriles estipulan con otras empresas ó con los particulares, se ha dictado por el ministerio de Fomento una real orden, cuya parte preceptiva abraza las siguientes prescripciones:
Primera. La prohibición de contratos particulares entre las compañías de ferrocarriles y determinados remitentes, de que habla la regla 3.ª de la mencionada disposición, debe entenderse que se refiere exclusivamente al transporte de mercancías.

Segunda. La regla 6.ª de la misma real orden citada se aplicará en adelante únicamente al transporte de mercancías.
Tercera. En el establecimiento de Tarifas en los contratos para la conducción de viajeros por ferrocarriles en combinación con otras empresas de transporte terrestre ó marítimo, se observarán las reglas siguientes:

- 1.ª Todas y cada una de las empresas porteadoras responderán al viajero de que en los puntos de enlace del ferrocarril, con los otros medios de transporte, tendrá plaza ó asiento de la clase correspondiente para continuar su viaje.
- 2.ª Todas y cada una de las empresas porteadoras serán igualmente responsables del equipaje del viajero hasta el término del viaje.
- 3.ª De las demás faltas que puedan cometerse en el transporte responderá directamente al viajero la empresa ó compañías que las hubiere cometido.
- 4.ª Una vez establecido un contrato para la conducción de viajeros entre una

ésima parte de su valor adjudicándola en setenta mil francos, que era regularia.
No obstante, así y todo se necesitaba tener esa suma, y Lacheneur la tenía, puesto que la entregó en hermosos luses de oro en manos del recaudador del distrito.
Desde aquel momento perdió su popularidad. Los patriotas que habían clamado al pobre mozo de labor, renegaron del capitalista. Eso no le importó ó hizo bien. De vuelta a Sairmeuse pudo, en cambio, notar que saludaban profundamente al ciudadano Lacheneur.
Contra lo que acostumbraba a suceder, no olvidó sus esperanzas pasadas cuando fueron realizables.
Casóse con Marta Barrois, y dejando que la patria se salvara sin él, dedicóse nuevamente a la agricultura.
Como le observaban con atención, los aldeanos creyeron notar en los primeros tiempos que estaba como aturdido del brusco cambio de su situación.
No parecía gozar como amo de sus posesiones. Su modo de ser tenía algo de tan inquieto y turbado, que se le habría podido tomar por un criado temiendo ser sorprendido.
Había dejado el castillo cerrado y se había instalado con su mujer en el antiguo pabellón del guardabosque, en la entrada del parque. Visitaba a los antiguos arrendatarios de Sairmeuse, pero no reclamaba los arriendos.
Sin embargo, poco a poco, adquirió confianza en la costumbre de la posesión.
Consultado sucedió el Directorio y el Imperio al Consulado. El ciudadano se casó con el señor Lacheneur.
Los años después le nombraron alcalde del pabellón del guardabosque y se instaló activamente en el castillo.
Su antiguo mozo de labor se acostó en la cama y, estrado de los duques de Sairmeuse, comió en la vajilla de plata con sus armas y recibió en su magnífico salón a los que de Montaignac iban a verle.
La toma de posesión era completa.
Para los que le habían conocido en otro tiempo, el señor Lacheneur estaba desconocido. Había estado metido a la altura de sus prospectivas. Avergonzándose de su ignorancia, había tenido el prodigioso valor, a su edad, de adquirir la instrucción que le faltaba.
Entón es todo le salía bien, hasta tal punto, que su suerte había llegado a ser proverbial. Bastaba que se mezclase en alguna empresa para que esta tuviera buen éxito.
Su mujer le había dado dos hermosos vastagos, un hijo y una hija.
El dominio, administrado con una inteligencia y una habilidad que no tenían los antiguos propietarios, producía, mal que bien, sus sesenta mil libras de renta.
Muchos, en el puesto del Sr. Lacheneur, se hubiesen de lambrado; él supo conservar su sangría.
A pesar del lujo extraordinario que le rodeaba, su vida siguió siendo sencilla y frugal. Nunca tuvo criado para en servicio personal. Sus rentas, muy considerables en aquel tiempo, las vendía casi por completo a mejorar sus tierras ó a comprar otras nuevas.

Y sin embargo, no era avaro. En cuanto se trataba de su mujer ó de sus hijos ya no contaba. Su hijo Juan lo educaba en París y quería que pudiese pretender a todo. No pudiendo resolverse a separarse de su hija, la había puesto una institutriz.
Algunas veces sus amigos le acusaban de tener una ambición desmedida para sus hijos, pero entonces movía tristemente la cabeza y contestaba:
—¡Ojalá pueda asegurarse una modesta existencia! Contar con el porvenir es una locura... ¿Quién hubiera podido prever hace treinta años que la familia de Sairmeuse fuese desposeída?...
Con semejantes ideas debía ser un buen amo, y lo fué, pero no se lo tuvieron en cuenta. Sus antiguos camaradas no podían perdonarle su maravillosa elevación. Era raro el que se hablase de él, sin desear su ruina con palabras encubiertas.
Por desgracia... llegaron los malos días.
Hacia fines de 1812 perdió a su mujer y los desastres de 1813 le arrebataron toda su fortuna mobiliaria que había confiado a un industrial amigo suyo. Gravemente comprometido cuando la primera restauración, se vio obligado a esconderse y para colmo de penas la conducta de su hijo en París, le causaba serias inquietudes...
El día antes, aun se creía el más desgraciado de los hombres... y sin embargo, le amenazaba una nueva desdicha, tan espantosa que hacía olvidar todas las demás...
Entre el día en que había comprado Sairmeuse y aquel fatal domingo de agosto de 1813, habían transcurrido veinte años...
¡Veinte años!... Y la paciencia que había sido ayer cuando trémulo y encarnado alineaba los montones de luses sobre la mesa de despacho del recaudador del distrito.
¡Había soñado!... ¡Había vivido?...
No había soñado... una vida entera se concentraba en el espacio de diez segundos, con sus luchas y sus miserias, sus alegrías inesperadas y sus esperanzas desvanecidas...
Perdido en sus recuerdos, estaba a mil leguas de la situación presente, cuando un vulgar incidente, más poderoso que la voz de su hijo, le volvió bruscamente a la horrible realidad...
La cancela del castillo de Sairmeuse—de su castillo,—al que acababa de llegar, estaba cerrada.
Sacudió los barrotes con una especie de rabia, y no pudiendo romper la cerradura, llamó hasta arrancar la campana.
Al ruido, el jardinero acudió presuroso.
—¡Por qué está cerrada esta cancela?—preguntó el señor Lacheneur con inusitada violencia.—¡Con qué derecho se cierra mi casa cuando yo, el amo, estoy fuera de ella!...
El jardinero quiso presentar algunas excusas.
—¡Calla!—interrumpió el señor Lacheneur.—¡Vete de aquí, ya no estás a mi servicio!...
Pasó, dejando al jardinero aterrado, y atravesó el patio del castillo, patio de honor, cubierto de arena fina, rodeada de césped, de coronas de flores y de macizos de verdes árboles.
En el vestíbulo, embaldosado de mármol, le esperaban sentados tres de sus esclavos, porque

los domingos era cuando recibía a los dependientes de su inmensa explotación.
Levantáronse en cuanto le vieron, descubriéndose con respeto, pero no les dio tiempo de pronunciar una palabra.
—¿Quién os ha permitido entrar aquí?—les dijo con tono amenazador.—¿Qué me queréis? Os envían para espiarme, ¿no es cierto?... ¡Salid!
Los tres hombres se quedaron más estupefactos que el jardinero, y sus reflexiones debieron ser muy particulares.
Pero el señor Lacheneur no podía oírles. Había abierto la puerta del gran salón y se precipitó en el segundo de su hija aterrada.
Nunca María-Ana había visto de aquel modo a su padre, y temblaba, con el corazón oprimido, por el más horrible presentimiento.
Había oído decir que a veces bajo el imperio de ciertas pasiones algunos infelices pierden de repente la razón, y se preguntaba si su padre se había vuelto loco.
Verdad es que parecía estarlo. Sus ojos echaban chispas, espasmos convulsivos sacudían sus miembros, y una espuma blanca ascendía a sus labios.
Daba vueltas alrededor del salón furiosamente como la fiera en su jaula, con gestos desordenados y roncás exclamaciones.
Sus maneras eran extrañas, incomprensibles. Una vez parecía tantee con la punta del pie lo grueso de las alfombras, otras se recostaba en los sillones y sofás como para probar su blandura, ó se detenía bruscamente delante de alguno de los cuadros de grandes maestros que ocultaban las paredes ó delante de algún bronce...
Hubiérase dicho que inventaría y evaluaba todas las cosas magníficas y costosas que adornaban aquella pieza, la más suntuosa del castillo.
—¡Y yo renunciaré a todo esto!—exclamó al fin.
Esta palabra lo explicaba todo.
—¡No, jamás!—prosiguió con un arrebato espantoso—¡jamás! ¡jamás!... No sabría resolverme a ello... ¡no puedo! ¡no quiero!
María-Ana comprendió al fin. ¡Pero qué pasaba en el espíritu de su padre? Quiso saberlo, y levantándose de la *chaise-longue* en que estaba recostada, fué a colocarse de pie ante él.
—¡Sufrés, padre mío!—le preguntó con su bella y armoniosa voz—¿qué sucede y qué temes?... ¿Por qué no te fías de mí? ¡No soy tu hija, no me amas ya!...
Al oír aquella voz tan querida, el señor Lacheneur se estremeció como un hombre dormido a quien se arranca de los terrores de una pesadilla, y fijó en su hija una mirada indefinible.
—¡No has oído,—repuso lentamente—lo que me ha dicho Chupin! El duque de Sairmeuse está en Montaignac, va a llegar de un momento a otro... y nosotros habitamos el castillo de sus padres y sus dominios han pasado a nuestro poder...
Esta cuestión palpitante de los bienes nacionales que durante treinta años agitó a la Francia, María-Ana la conocía, por haberla oído discutir mil veces.
—Y bien! padre querido—dijo—¿qué puede

importarte el duque? Si poseemos sus tierras, tú las has pagado, ¿no es cierto?... luego son bien y legítimamente nuestras.
El señor Lacheneur vaciló un momento antes de responder.
Pero su secreto le ahogaba; estaba en una de esas crisis en que el hombre por muy orgulloso que sea, vacila y busca un apoyo, por fragil que este le parezca.
—Tenéris razón, hija mía—murmuró bajando la cabeza—sí el oro que di en cambio de Sairmeuse me hubiese pertenecido.
Ante tan extraña declaración, la joven retrocedió palideciendo.
—¡Cómo!—habuécó—¿ese oro no era tuyo padre mío? ¿De quien era entonces, de donde provenía?...
El desgraciado había dicho demasiado para no llegar ya hasta el fin.
—Voy a decirte todo, hija mía—contestó—y tú me juzgarás y decidirás... Cuando los Sairmeuse emigraron, yo no tenía sino mis brazos para vivir, y como el trabajo escaseaba, yo me preguntaba si también el pan llegaría a faltarme.
En esta situación me hallaba cuando una noche me fueron a buscar diciéndome que la señorita Armanda de Sairmeuse, mi madrina, estaba muriéndose y quería hablarme. Yo ensanguiné acuñi.
Me habían dicho la verdad, la señorita Armanda estaba agonizando; demasiado lo comprendí al verla en su cama más pálida que la cera.
¡Ah! aunque cien años viva, nunca olvidaré su rostro en aquel momento. Hubiérase dicho que a fuerza de voluntad y de energía retenía su último suspiro, a punto de exhalar, para cumplir una gran misión.
Cuando entré en su cuarto, sus facciones se transfiguraron.
—¡Cuanto has tardado!—murmuró con voz débil.
Quise excusarme, pero me interrumpió con un gesto y ordenó a las mujeres que la rodeaban que se marcharan.
En cuanto estuvimos solos:
—Eres un mu-hacho honrado, ¿no es cierto?—me dijo.—Porque voy a darte una gran prueba de confianza. Me creen pobre, y se engañan... Mientras que los de mi familia se han ido arruinando lo más alegremente del mundo, yo económicamente los quinientos luses que me pasaba anualmente mi hermano el señor duque...
Entonces me hizo que me acercara y arrodillara junto a su cama.
Obedece en seguida, y la señorita Armanda inclinandose hacia mí, pegó casi sus labios a mi oído y añadió:
—Poseo ochenta mil libras en oro.
Tuve un desvanecimiento, pero mi madrina no lo notó.
—Esta suma—continuó,—no representa ni la cuarta parte de las antiguas rentas de nuestra casa... ¡Quién sabe si algún día será el único recurso de los Sairmeuse! Voy a entregarte a Lacheneur, confiando en tu probidad y tu adhesión... Dícen que van a poner en venta las tierras de los emigrados. Si esta horrible injusticia tiene lugar, comprarás por setenta mil francos da arriadas nuestras... En el caso contrario

de los domingos era cuando recibía a los dependientes de su inmensa explotación.
Levantáronse en cuanto le vieron, descubriéndose con respeto, pero no les dio tiempo de pronunciar una palabra.
—¿Quién os ha permitido entrar aquí?—les dijo con tono amenazador.—¿Qué me queréis? Os envían para espiarme, ¿no es cierto?... ¡Salid!
Los tres hombres se quedaron más estupefactos que el jardinero, y sus reflexiones debieron ser muy particulares.
Pero el señor Lacheneur no podía oírles. Había abierto la puerta del gran salón y se precipitó en el segundo de su hija aterrada.
Nunca María-Ana había visto de aquel modo a su padre, y temblaba, con el corazón oprimido, por el más horrible presentimiento.
Había oído decir que a veces bajo el imperio de ciertas pasiones algunos infelices pierden de repente la razón, y se preguntaba si su padre se había vuelto loco.
Verdad es que parecía estarlo. Sus ojos echaban chispas, espasmos convulsivos sacudían sus miembros, y una espuma blanca ascendía a sus labios.
Daba vueltas alrededor del salón furiosamente como la fiera en su jaula, con gestos desordenados y roncás exclamaciones.
Sus maneras eran extrañas, incomprensibles. Una vez parecía tantee con la punta del pie lo grueso de las alfombras, otras se recostaba en los sillones y sofás como para probar su blandura, ó se detenía bruscamente delante de alguno de los cuadros de grandes maestros que ocultaban las paredes ó delante de algún bronce...
Hubiérase dicho que inventaría y evaluaba todas las cosas magníficas y costosas que adornaban aquella pieza, la más suntuosa del castillo.
—¡Y yo renunciaré a todo esto!—exclamó al fin.
Esta palabra lo explicaba todo.
—¡No, jamás!—prosiguió con un arrebato espantoso—¡jamás! ¡jamás!... No sabría resolverme a ello... ¡no puedo! ¡no quiero!
María-Ana comprendió al fin. ¡Pero qué pasaba en el espíritu de su padre? Quiso saberlo, y levantándose de la *chaise-longue* en que estaba recostada, fué a colocarse de pie ante él.
—¡Sufrés, padre mío!—le preguntó con su bella y armoniosa voz—¿qué sucede y qué temes?... ¿Por qué no te fías de mí? ¡No soy tu hija, no me amas ya!...
Al oír aquella voz tan querida, el señor Lacheneur se estremeció como un hombre dormido a quien se arranca de los terrores de una pesadilla, y fijó en su hija una mirada indefinible.
—¡No has oído,—repuso lentamente—lo que me ha dicho Chupin! El duque de Sairmeuse está en Montaignac, va a llegar de un momento a otro... y nosotros habitamos el castillo de sus padres y sus dominios han pasado a nuestro poder...
Esta cuestión palpitante de los bienes nacionales que durante treinta años agitó a la Francia, María-Ana la conocía, por haberla oído discutir mil veces.
—Y bien! padre querido—dijo—¿qué puede

DIARIO DE AVISOS DE MADRID

ALMANAQUE
SANTO DEL DIA 20.—San Bernardo, abad...

CULTOS PARA EL DIA 20
Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en...

ASILOS DE LA NOCHE
En la noche del dia 18 se ha dado hospita-

CASAS DE SOCORRO
El dia 18 se asistieron en las de esta...

ENTERRAMIENTOS
En el dia 18 se ha dado sepultura en...

DELEGACION DE HACIENDA

El dia 21 del actual, de doce a cuatro de...

ESTADO ATMOSFERICO

La temperatura maxima del dia 18, segun...

GOBIERNO MILITAR

ORDEN DE LA PLAZA DEL DIA 20 DE AGOS-

MATRICULA OFICIAL

En la Escuela Superior de Comercio, y...

ra el curso de 1890 a 1891 en las asignatur...

QUEJAS DEL VECINDARIO

Los vecinos del barrio de Pozas nos ruegan...

CHARADA

Leamos estos apuntes escritos en mi cartera:

AVISOS UTILES

13.—Me voy hoy a S. Sn. Estarás tú ya...

BOLSA DE MADRID.—COTIZACION DEL 19

Table with 3 columns: Item description, Price, and Unit. Includes bonds, stocks, and foreign exchange rates.

Mercaado coseenido. Paris, 76.87; despues, 76.02. Londres, 76.37.

ESPECTACULOS PARA EL DIA 20

JARDIN DEL BUEN RETIRO.—8 3/4. —Carmen. —Gran montafia rusa todos los dias.

cogido, tomando parte los principales artistas...

JEROGLIFFICO.



SOLUCION DEL ANTERIOR

Amor es un estado dicen los sabios, pero todos andamos muy enredados

SECCION ESPECIAL

Los anuncios se reciben todos los dias en la SECCION GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA, Alcalá, 6 y 8, y en la Administracion de este periódico, Factor, 7.

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA. Esta SOCIEDAD admite anuncios, relaciones y noticias para todos los periódicos de Madrid, provincias y extranjero.

D. JOSÉ MARÍA AGUIRERA y Perez. Médico retirado de sanidad militar, ha fallecido en la madrugada del 28 de julio último.

AGUA DE CARMELITAS BOYER. Exigite la Firma de: BOYER. ANTIDOTO DEL COLERA. Gotas asiáticas. Nuevo producto francés, preservativo y curativo del cólera.

La VELOUTINE. Poivo de Arroz especial. Preparado al Sísmeto por CHAY, Perfumista.

FALTA DE FUERZAS ANEMIA - CLOROSIS DEBILIDAD - CONSUNCION. EL HIERRO BRAVAIS. VIUDA DE ARAMBURU. CURACION del DIABETES. EL VINO URANIADO PESQUI.

EL PERRITO DE LA MARQUESA. TEORILLO GAUTIER (1). Con las armas del duque en las portezuelas y de magnificencia real. Cuatro caballos meklemburgueses, alzados y tocados con las crines trenzadas...

Tened la bondad de poner os un momento detrás de ese biombo; cuando me hayan puesto el corsé se os avisará. —Ya está, caballero—dijo Fanchonnette. Aleíndor salió de detrás del biombo. Elhanta llevaba el pelo empolvado y diadema de siete puntas, con ricillos que orlaban admirablemente su fresco rostro...

de Aleíndor, cuyo aspecto y traje le llamaron particularmente la atencion por la tarde. En cuanto al falso Fanfreluche, hacia lastimoso papel; poco hecho a tan buena compañía, lo miraba todo asombrado, con las patas puestas sobre el antepecho. De pronto... ¡oh golpe teatral inesperado! se abrió ruidosamente la puerta de un palco. Una dama brillante de pedrerías y magníficamente ataviada se presentó con dos ó tres caballeros: era la marquesa. Un perillito sacó la cabeza del mangoillo colocó las patas en el antepecho, y miró a todas partes con descaro digno de un duque y un par; era Fanfreluche, el auténtico, el inimitable Fanfreluche. Elhanta le vio, y ¡oh manas irritado! lanzó al estupefacto duque una mirada pulverizadora; luego, sofocada por la emoción, palideció y se desmayó. Se la llevó a su casa: tardó una hora en volver en sí; ni las sales inglesas, ni el agua de Carmen, ni la de Hungría, ni las gotas del general Lamotte, ni la pluma quezanda y pasada por la nariz, pudieron sacarla de aquel desvanecimiento; y si la amenaza de arrojarla agua al rostro no la hubiera vuelto súbitamente a la vida, se la hubiera creído muerta. Aleíndor estaba inconsolable. Elhanta no quería recibirle, y distraía su pena dando dos palizas, diarias a Similior y Girofé. Se creó, no obstante, que algunos dias despues recibió de Elhanta una cartita así concebida: «Querido duque: Creí que quisisteis enagafiarme conscientemente, y supe despues que vos mismo fuisteis víctima de Similior y Girofé. El perillito que me disteis no carece de disposiciones, que solo exigen ser cultivadas para que eclipsen las de Fanfreluche. Bailata como un ángel: quisiese ser mi maestro! Adios, Aleíndor.» Dos meses despues el perillito Pistacho, más joven y más gracioso que Fanfreluche, le habia eclipsado, y Aleíndor habia dado una buena estocada al caballero de Versac, que pretendía que nadie edificara sobre sus ruinas. Versac no se repuso del golpe y Aleíndor fué definitivamente el hombre de moda. Lector grave y melancólico: perdona esta travesura a uno que recuerda haber leído Angulo y el Greco, y cuya pretension ha sido la de dar idea de un estilo y una manera coeas en el más profanado olvido.

EL REY CANDAULE CAPITULO I. Quinientos años despues de la guerra de Troya y setecientos quince antes de nuestra era, se celebraba una gran fiesta en Sardes. El rey Candaule se casaba. El pueblo experimentaba esa alegre inquietud, esa emoción infinita que todo suceso inspira a las masas, aun cuando en nada les afecte y suceda en esferas superiores a las que jamás se han de aproximar. Desde que Febo, en pie sobre su carroza, dorada con sus rayos las cimas del monte Tmolus, fértil en azafrán, los buenos sardeses iban y venían, subiendo y bajando las rampas de mármol que unían la ciudad al Páctolo—ese gran río donde se bañaba Midas—llenas sus arenas de lentejuelas de oro. Diríase que cada uno de aquellos ciudadanos se casaba el mismo, al ver su aire importante y solemne. Formábanse grupos por todas partes: en la entrada de los templos, a lo largo del pórtico. En cada ángulo de la calle se hallaban mujeres que llevaban de la mano pobres niños, cuyos designales pasos se avenían mal con la impaciencia y la curiosidad de sus madres. Las jóvenes se dirigian presurosas a la fuente, con el cantar puesto en equilibrio sobre la cabeza o sostenido por sus blancos brazos, como porcosos asas naturales, para proveer la casa de agua y poder estar libres a la hora en que debía pasar el cortejo nupcial. Las lavanderas recogían precipitadamente las tónicas y perplumas apenas secas, y estas aplaban en carritos tirados por mulas. Los esclavos trabajaban de prisa, sin que el latido del capataz tuviera necesidad de zozotar sus espaldas desnudas y llenas de cicatrices. Sardes se apresuraba a terminar esas faenas diarias que ninguna fiesta puede interrumpir. El camino que el cortejo debía recorrer se habia cubierto de arena fina y dorada. De trecho en trecho, tripodes de alambre despedían sin cesar nubes de aromas de cinamomo y nardo. Estos eran los solos vapores que turbaban el puro azul del cielo. Las nubes de un día de himeneo deben provenir tan solo de perfumes quemados.—Ramas de mirto y laurel rosa cubrían el sol, y en los muros de los palacios se despleaban, suspendidas por anillos de bronce, tapicerías donde la aguja de cautivos industrioses habia entremezclado la lana, la plata y el oro, representando diversas escenas de historia de dioses y héroes. Ixion, abrazando la nube: Diana, sorprendida en el baño por Acteón: Paris en el monte Ida, entre Hera y su hermosa hermana...

Athene, la de los ojos verde mar, y Apolodita, la del cestó mágico: los antiguos troyanos se alzaban sobre el paso de Helena, junto a las puertas Sees, motivo de un poema del ciego de Meles. Algunos habían puesto con preferencia escenas de la vida de Heracles el Tebano, por adulación a Candaule, que era un Heracleida, descendiente de aquel héroe por Alceo. Otros se habían limitado a ornar el dintel de su morada con guirnaldas y coronas en señal de regocijo. Desde la puerta del palacio real hasta la puerta de la villa por donde debía entrar la joven reina, las conversaciones versaban naturalmente sobre la belleza de la esposa, cuya fama llenaba todo el Asia, y sobre el carácter del esposo, que, sin ser del todo caprichoso, parecía, sin embargo, difícil de apreciar bajo el punto de vista ordinario. Nyssia, la hija del estrapa Megabates, tenía una pureza de facciones y una perfección de formas maravillosa: este era al menos el rumor que habia extendido las esclavas que la servían y las amigas que la acompañaban al baño, porque ningún hombre podía envanecerse de conocer de Nyssia otra cosa que el color de su velo y los elegantes pliegues que, sin embargo, difícil de apreciar bajo el punto de vista ordinario. Los bárbaros no participaban de las ideas de los griegos sobre el pudor: no tenían que las jóvenes de la Acia no tenían ningún escrúpulo de lucir al sol el estómago sus cuerpos untados de aceite, y que las vírgenes Spartiolas danzaban sin velo ante el altar de Diana, las de Persepolis, de Echata y de Baectres, daban más valor a la pureza del cuerpo que a la del alma, considerando impuras y respetables esas libertades, que las comprensibles esas libertades, que las comprensibles esas libertades, que las comprensibles esas libertades...